



FACULTAD DE TEOLOGÍA
SAN VICENTE FERRER

ANALES VALENTINOS

REVISTA DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA
Nueva Serie. Año IV 2017 Núm. 7

ÍNDICE

	Pág.
José Ramón López de la Osa González Lutero (1517-2017). Otra historia	1
Teófanés Egido López La recepción de Lutero. Imagen e imágenes	7
Miguel Navarro Sorní La personalidad histórica de Martín Lutero en las fuentes contemporáneas	31
Ricardo García-Cárcel Las fronteras políticas y religiosas entre catolicismo y protestantismo antes de 1559	63
Ignacio J. García Pinilla Los primeros testimonios de la influencia de Lutero en España	85
Antonio Rivera García Lutero, entre el humanismo y la reforma radical	107
Martin Junge Del conflicto a la comunión. Análisis de un momento de transición en las relaciones católico-luteranas	133
Notas Bibliográficas	
José Ramón López de la Osa González <i>Cristianismo. Nuevos horizontes, viejas fronteras,</i> Joaquín García Roca	145
Recensiones	155
Publicaciones recibidas	181

ESCRITOS
DEL VEDAT

NOTA BIBLIOGRÁFICA

CRISTIANISMO. NUEVOS HORIZONTES, VIEJAS FRONTERAS, JOAQUÍN GARCÍA ROCA (EDITILDE, VALENCIA 2016, 252 p.)

*José Ramón López de la Osa González, o.p.**

El libro es infinitamente más rico que lo que yo pueda decir. No pretendo resumir, sino presentar lo que me ha ido sugiriendo una lectura pausada y reflexiva, leída en el horizonte de la actual realidad eclesial de Francisco

Es una lectura que se ve acompañada en todo momento por un profundo sentimiento de esperanza, de fe en el futuro y con la confianza de quien progresivamente se va sintiendo inmerso en el desarrollo de todas sus propuestas.

1. ESTAMOS ANTE UNA CRISIS EPOCAL PUES AFECTA A TODOS LOS ÓRDENES DE LA VIDA SOCIAL

Crisis del sistema económico, en primer lugar.

Es también una crisis política. Por el descrédito y la desafección de un sector importante de la clase política, y la corrupción.

Una crisis ecológica y medioambiental, y de ecología humana también.

Es, finalmente, una crisis social. Se ha demolido en poco tiempo mucho de lo que había de Estado de Bienestar; recortes brutales que han deteriorado la calidad de los servicios.

Ese malestar está afectando gravemente a la emigración. Se le ponen todos los obstáculos posibles, y además de crear problemas en el acceso a la sanidad y la educación se les está demonizando, sobre todo a la de origen islámico. Agamben dice que la emigración es el problema mayor del siglo XXI.

* Facultad de Teología San Vicente Ferrer de Valencia. (España).

Habría que hablar igualmente de la victimación de una buena parte de la sociedad. Insisto en el término “víctima”. Hay quien habla de que estamos ante un sistema criminal porque produce crímenes contra la humanidad: daños directos e indirectos a grandes zonas de la población; daños que son predecibles porque son el resultado de presupuestos ideológicos y de decisiones políticas y no meramente técnicas.

Francisco en la “Evangelii Gaudium” habla de que el sistema capitalista no sólo es injusto sino criminal. Bauman lo ha expresado muy bien con la figura de la población sobrante, a la que también y con amplitud se refiere el papa Francisco. La nuestra es una sociedad de desechos.

La ventaja de esta explicación para quienes la causan, es que nadie se hace cargo de las víctimas pues son generadas anónimamente y, por lo tanto, no hay responsables. Estamos en un momento de profundo sufrimiento colectivo marcado por las desigualdades, la pobreza, la precariedad y la violencia generalizada. *La globalización del sufrimiento* de la que habla el libro, muestra la incapacidad de los responsables (estados y los ejércitos) para gestionar las causas y sus consecuencias.

Y el autor nos introduce en lo que será la pretensión de toda esta exposición: Esa propuesta de esperanza que formula, más o menos, así: El cristianismo del siglo XXI tiene la responsabilidad de dar respuesta a estos hechos y hacer de los cambios sociales, culturales y políticos, una oportunidad para la creatividad, el asombro y la novedad del mensaje evangélico. La cuestión es cómo vivir el misterio y la gratuidad en medio de un mundo mayoritariamente funcional, y tratar de ver cómo la experiencia de Dios también puede ser contemporánea de esta realidad.

2. UN MOMENTO NUEVO Y PROFÉTICO DE LA REALIDAD ECLESIAL: LA FIGURA DEL PAPA FRANCISCO

Una figura central en esta exposición es el papa Francisco. Es el fenómeno que ha supuesto su llegada al pontificado en la nueva forma de mirar a la realidad del papado, lo que aparece como elemento de apoyo en la exposición de las “Viejas Fronteras” y de los “Nuevos Horizontes”.

Desde el mes de marzo de 2013, comienza una manera diferente de plantear el rostro del cristianismo. Las formas y los gestos adoptados por el papa Francisco expresan mayor cercanía a la gente, más apertura a la acogida y la comprensión, y menos radicalidad en las formas de exigencia de lo estrictamente normativo.

En este momento complejo que atraviesa la religión cristiana, y los modelos sociales y políticos de gestión, estos del Papa, han sido gestos que insisten en asumir la importancia de una identidad abierta y que quiere hacerse cargo de la responsabilidad que conlleva hoy vivir como un buen cristiano.

El Papa, “ha desafiado a una institución milenaria, aburrida y fatigada”, nos dice el texto de presentación. Está dando forma a las expectativas que se crearon después de la finalización del Concilio Vaticano II, a pesar de la insistencia con que las interpretaciones socioculturales insisten en la dificultad del cristianismo para adaptarse a los cambios de la modernidad.

3. APREMIOS Y DESAFÍOS AL CRISTIANISMO DE HOY

Abrirse a la cultura moderna

Adoptar el punto de vista de una *nueva etapa eclesial* significa tomar conciencia de lo que *supone ser cristiano hoy día*, sobre todo en Europa. ¿Qué quiere decir esto?

Si por un lado, hoy la interpretación del mundo y de la vida viene dada sin recurrir a la hipótesis de Dios y en beneficio de las interpretaciones científico-técnicas, por otro lado la falta de Dios no parece que cree malestar alguno ni problema, lo cual viene a confirmar ese fenómeno de *indiferencia religiosa*, cuya peculiaridad está en que convive tranquilamente con una renacida necesidad de creer.

No obstante, sería torpe no captar en todo ello, una nostalgia de un sentido auténtico y de una búsqueda de valores mas humanizadores, una llamada a una necesidad de cambio a la que el cristianismo puede y debe de contribuir, siempre y cuando sea capaz de reelaborar un enfoque que se caracterice por una empatía cultural con este momento de cambios, de innovaciones tecnológicas, de apertura y de complejidad política y social.

Más allá de la tentación ideológica de la fe

En efecto, una de las consecuencias más complejas de interpretar es una cierta desafección al cristianismo como proyecto de vida. Lo cierto es que ello no conduce hacia su desaparición, pero sí a una cierta irrelevancia de algunas de sus formas históricas en la organización de las vivencias.

Es cierto que en muchas regiones del mundo, el cristianismo tiene una energía y una vitalidad que pueden parecer sorprendentes. No obstante, no está fuera de lugar constatar una de las tendencias que hasta muy recientemente hemos vivido, que resurge de vez en cuando, y que es “*eclesializar*” el cristianismo.

Esto es, considerar las comunidades eclesiales el lugar propio y exclusivo de la experiencia cristiana, como si la fe sólo pudiera tener valor dentro del ámbito específicamente cristiano, con el riesgo consiguiente de reducir la novedad evangélica exclusivamente a los entendidos en la materia. Esta opción ha fomentado una forma inédita de *pertenencia eclesial*, provocando una escisión entre las dimensiones institucional y cultural del cristianismo, en el sentido de que en las iglesias recae la tarea de administrar aspectos particulares de la experiencia cristiana, que no siempre responden a las cuestiones decisivas de la existencia ni a las demandas culturales. Y es un límite peligroso porque no está muy lejos de reducir la singularidad de la fe cristiana a una superestructura.

Si el cristiano —dice el papa Francisco— es restauracionista, legalista, si lo quiere todo claro y seguro, no encuentra nada. La tradición y la memoria del pasado han de ayudar a tener el valor de abrir nuevos espacios a Dios. Quienes hoy en día buscan siempre soluciones disciplinarias, quienes aspiran de forma exagerada a la “seguridad” doctrinal, quienes intentan obstinadamente recuperar el pasado perdido, tienen una visión estática e involucionista. Y de esta forma la fe se convierte en una ideología entre las muchas que existen.

La tarea de la Iglesia está llamada a una constante y *nueva escritura de la historia* en relación con el estilo inaugurado por Jesucristo. Ahí radica la no sencilla elaboración de una relación entre el proyecto y los valores del Evangelio, y el deseo del hombre de construir un mundo nuevo, más habitable y convivial.

Al cristianismo no le es indiferente la forma de vivir juntos ni el modo de concebir la acción colectiva, ya que encierra una propuesta de vida en común entre personas que se sienten reclamadas y deudoras de respuesta.

De ahí que un desafío para el cristianismo es hoy encontrar las formas de organización social y política que hagan realidad la comunicación del Evangelio.

Si aspira a contribuir a una adecuada promoción cultural, debe de asumir la *gramática de base de la existencia*, dejando entrever un mapa de posibilidades humanas respecto al sentido de la vida: “La propuesta evangélica debe de ser más sencilla, profunda y radiante. De esa propuesta es de donde más adelante surgen las consecuencias morales”.

La contribución del cristianismo a la búsqueda del bien común: diálogo, espiritualidad, relación

Tras la estela de tales consideraciones pueden interpretarse algunas intuiciones que el papa Francisco ha expresado en múltiples formas y ocasiones.

a- *Mutaciones políticas, la prueba del otro*: En este sentido, parece deducirse la necesidad de un cambio de marcha en el encuentro entre hombres y mujeres de culturas diferentes; de una mayor atención a las *visiones de la existencia* que no están vinculadas al cristianismo; de escucha a la multiplicidad de la experiencia religiosa. Un cambio delicado que no resulta nada fácil porque exige el cifrado ético del reconocimiento y de los derechos fundamentales, como instrumento de una atención a la complejidad de la actual cultura cosmopolita. Un ejemplo emblemático, pese a su dramatismo, que mencionaba al comienzo, es el fenómeno migratorio que está sometiendo a dura prueba al contraste entre culturas distintas sobre el principio de la dignidad de todo ser humano.

El diálogo es importante, porque es el factor de ampliación de las perspectivas, de crecimiento de las valoraciones, de sutileza en la interpretación de la realidad. En el diálogo el sujeto es invitado a descentralizar su horizonte y a saber asumir la existencia del otro, en una comprensión que conduce a la construcción de una *nueva convivencia civil*. A menudo son los prejuicios o la costumbre de establecer una mera relación funcional lo que bloquea el debate entre los interlocutores. En sentido contrario, el diálogo es un movimiento de reciprocidad que

conduce al diseño de un proyecto cultural que tenga como objetivo un *ethos* compartido.

b- *La sabiduría del amor/mutaciones culturales*: Resulta evidente que el éxito o el fracaso de un camino común depende también de la sensibilidad con que las religiones interpretan y viven el *ejercicio del diálogo*, asumiéndolo como un desafío ético. Establecer un estilo, dialogar a *nivel interreligioso y ecuménico* significa crear las condiciones para que se produzca un impulso en pos del enriquecimiento recíproco, del intercambio, del deseo de encaminarse hacia un cambio real.

El camino del diálogo hacia la verdad es un largo trayecto entre quienes son conscientes de que ninguna doctrina es definitiva, ya que se alimenta de las anticipaciones que iluminan el sentido de la búsqueda. En efecto, la verdad tiene un *carácter liberador* y no violento ni impositivo, generador de una identidad comunicativa capaz de vivir la caridad de la interpretación. Lo apunta el papa Francisco citando el punto 34 de la encíclica *Lumen Fidei*:

Se ve claro así que la fe no es intransigente, sino que crece en la convivencia que respeta al otro. El creyente no es arrogante; al contrario, la verdad le hace humilde, sabiendo que, más que poseerla él, es ella la que le abraza y le posee

Tras la estela de tales requisitos, el empuje que está imprimiendo esta nueva situación, se perfila como un servicio cultural al hombre, que concede la debida atención a la cuestión de los valores y de los derechos y deberes fundamentales, en aras de la construcción de una humanidad que sea capaz de apostar por la dignidad y el respeto, sobre todo de los que han sido expulsados y marginados por esas políticas que requieren sofisticados conocimientos y formatos institucionales muy complejos para, simplemente, excluir.

La búsqueda de la libertad, de la paz y de la justicia para todos es un objetivo decisivo, sobre todo ante la multiplicación desahogada del número y de las categorías de los pobres, hasta el extremo de que hoy en día el desafío más verdadero parece ser la defensa de los nuevos pobres, en nombre de una compasión que concede prioridad a las personas.

c- *La emergencia de espiritualidades*: No es una novedad la creciente demanda de una *espiritualidad* que sea capaz de aportar consuelo a los esfuerzos cotidianos. La experiencia religiosa puede responder a un camino de búsqueda para acabar con el aburrimiento y el repliegue

patológico del yo. Pero con una condición: que sepa interpretar y traducir las exigencias de una auténtica humanización. La aparición de esa exigencia es expresión y figura de nuestra interioridad necesitada de un itinerario de *transfiguración* de la identidad humana a nivel personal y social.

En ese escenario, el cristianismo debe vivir la demanda de espiritualidad, afrontando la tentación de relegar esas experiencias a una interioridad protegida, una experiencia que por el contrario no puede vincularse a la cotidianidad y a la laicidad de la existencia. Una y otra vez, el papa invita a vivir nuestra fe no en un oasis de tranquilidad impertertable, sino arraigada en lo cotidiano, allí donde cada hombre y cada mujer luchan por una vida diferente.

c- *Ser humano, ser cristiano*: De ahí la importancia para el cristianismo y, consecuentemente, para la Iglesia, de su responsabilidad de anunciar el mensaje cristiano del Dios amante de la vida, sugiriendo una forma de creer que sepa valorar las potencialidades culturales e incrementar una dinámica de relación que no excluya a nadie. Desde esa perspectiva, lo específico de la Iglesia consiste en suscitar, en el seno de la humanidad, una forma diferente de ser hombre y de ser mujer. Partiendo de un importante redescubrimiento: ser el Pueblo de Dios, donde todos y cada uno de los creyentes asumen la tarea de sentirse compañeros de viaje en la paz, en la solidaridad, en la esperanza, a partir de las *periferias de esta historia*.

Por ello, se invita a la comunidad de creyentes a crear nuevas formas de *relaciones interpersonales*. Pero para llevar a la práctica tal responsabilidad, es oportuno volver a comprender constantemente la cuestión de la relación entre la Iglesia y el mundo, porque la relevancia de la comunidad cristiana se juega precisamente en el horizonte de tal relación.

No es de extrañar el acento que pone el papa Francisco en la elección de una eclesiología de relación, cuya calidad no se muestra por su fuerza numérica, ni por sus declaraciones de intenciones, sino porque ofrece gestos de testimonios más creíbles, capaces de insertar en la historia procesos de liberación y humanización. “Así pues, al hablarle al hombre, la Iglesia debería de tender a la genialidad y no a la decadencia”.

d- *La Iglesia en salida*: En este sentido, hablar de lo alternativo de las comunidades cristianas quiere indicar la búsqueda apasionada de nuevos caminos, para permitir que la Iglesia salga de sí misma, que viva la proximidad con todo el mundo. Ahora bien, precisamente en el

ámbito de esa perspectiva es donde se inserta una de las iniciativas más características del estilo que le ha conferido a la comunidad el papa Francisco: el de una cualificada sinodalidad eclesial como ejercicio de responsabilidad. Ésta parece ser una de las cuestiones cruciales que recorren la historia de la Iglesia y, tal vez, una de las opciones más complejas en la historia de los hechos producibles.

4. SER CRISTIANO, SER HUMANO

El futuro del cristianismo se juega en la capacidad de habilitar a las personas para que asuman una lógica de reconciliación y de fraternidad. Es el misterio de la persona de Jesucristo, que cultivó la humanidad como opción prioritaria, cuya autoridad “no tiene como finalidad ejercer un poder sobre los demás, sino servirles, darles libertad y plenitud de vida”. Pero eso mismo es lo que atestiguan los hombres y mujeres que, a lo largo de la historia del cristianismo, han sabido arriesgar su propia identidad no en una autorreferencialidad estéril, sino en la entrega de sí mismos como espacio para su propia realización.

Vivir *en* el mundo y *para* el mundo implica para el cristianismo la capacidad de ser un signo interesante y fiable, donde la *libertad crítica y profética de la fe* sabe humanizar la historia, mediante itinerarios de respeto y de promoción de los derechos y necesidades de todos y cada uno, en particular, de los que están en peor situación de expectativas, de vida, de desarrollo de capacidades y de indefensión.

La credibilidad de la realidad para este cristianismo del siglo XXI, se traduce, en definitiva, en las palabras y los gestos que señalan lo que es esencial para la vida:

- el descubrimiento de la gratuidad, como condición para una existencia que sabe realizarse en virtud del criterio de la relación con el otro,
- y en la simbología de la hospitalidad, hecha de gestos concretos, de diálogo abierto, de proyectos compartidos.

Sin el descubrimiento de la ley del amor (*La sabiduría del amor*) no seríamos capaces de relacionarnos ni de abrirnos a los demás, y caeríamos en la pretensión de medirlo todo en función de la retención del yo y de la recompensa inmediata.

En ese caso, tampoco seríamos capaces de dar sentido a nuestra condición de cristianos: ser caminantes en la búsqueda común del bien,

estar abiertos a la sorpresa de una buena nueva: El Evangelio, que puede contribuir a aportar calidad y esperanza a las dinámicas de la cultura.

DEL AUTOR

Cuando uno se acerca al trabajo de Joaquín García Roca, inmediatamente se da cuenta que este hombre no es alguien que se haya dedicado al cultivo de la sociología académica, ni tampoco un teólogo al uso. Es un reconocido sociólogo, un gran teólogo y un rico conocedor del mundo filosófico. No en vano tiene un doctorado en cada una de esas disciplinas. Investigador inquieto e incansable, tiene una curiosidad científica infinita pero que él siempre ha filtrado a través de su experiencia vital y su compromiso social, por eso sus temas de estudio y de trabajo han estado siempre relacionados con la solidaridad, las migraciones, la educación, el bienestar social y, por supuesto, la fe y la espiritualidad.

Y de todo esto habla este el libro que presentamos aunque en forma de propuestas concretas para una nueva etapa de cristianismo, que se inició con la llegada del papa Francisco y, por ello mismo, con el retorno a la reflexión del postconcilio Vaticano II, a los cincuenta años de su terminación.